

Las Montañas Del Oro, Poema.
Tiene Tres Ciclos I Dos Reposorios, I Lo Hizo Leopoldo Lygones En M. DCCC. XC. VII.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

1151422

Del Autor.

OBRAS RECHAZADAS POR LOS EDITORES:

- Primera Lira (versos)
El Misal Rojo.
El Riñón de Beocia.
Epitome de Psicología

À LUIS BERISSO

À CARLOS VEGA BELGRANO

L. L.

Justificación del tiraje:



Índice

	<u>Página</u>
INTRODUCCIÓN.	7
PRIMER CICLO.	25
oda á la Desnudez.	29
á Histeria.	35
los celos del Sacerdote.	39
la rima de los Ayes.	43
nebulosa Thulé.	49
la vendimia de Sangre.	53
rosas de Calvario.	57
metempsicosis.	63
antífonas	67

	<u>Página</u>
REPOSORIO	73
salmos del Combate	75
SEGUNDO CICLO	79
el hijo del Hombre	83
los Árboles	89
las Montañas	93
la Mar	97
el Carbón	101
las Vacas	105
las Nubes	109
el Viento	115
REPOSORIO	121
laudatoria á Narciso	123
TERCER CICLO	127
el Himno de las Torres	131

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INTRODUCCION

REPUBLICA ARGENTINA
SECRETARIA DE CULTURA

Es una gran columna de silencio i de ideas
En marcha.

El canto grave que entonan las mareas
Respondiendo á los ritmos de los mundos lejanos;
El rumor que los bosques soberbiamente ancianos
Dan, como si debajo de largas sepulturas
Sintiérase crujidos de enormes coyunturas;
Las sordas evasiones de las razas, que arroja
El heroísmo nómada á la vendimia roja;

El *¡han!* de los supremos designios, que se escucha
En el postrer hachazo que acabará la lucha,
Ya sea que se trate de un cedro ó de un gigante;
Las torres que no alcanza con su talón triunfante
La horda; el trájico viento de las batallas;

todo

Lo que es grande, ó solemne, ó heroico de algún modo,
—Clamores de conquistas, rumores de mareas—
Va en esa gran columna de silencio i de ideas
Que el poeta ve alzarse desde las hondas grutas.

El Sol es su vanguardia!

—Por las eternas rutas
Que accidentan la historia, van los pasos enormes.
Es un largo desfile de tinieblas informes.

Mas, dominando aquella procesión tenebrosa,
El alba se levanta como una húmeda rosa
Cuyos pétalos caen en una lluvia de oro.
El poeta apostrofa con su clarín sonoro
A la columna en marcha; lo que dice, resuena
Como el flujo de bronce de una hornalla harto llena.
Tan fuertes son sus alas, que aquel sér de ancho aliento
Parece que en los hombros lleva amarrado el viento.
Es el gran luminoso i es el gran tenebroso.
La rubia Primavera le elige por esposo.
Él se acuesta con todas las flores de las cimas.
Las flores le dan besos para que él les dé rimas.
El sol le dora el pecho, Dios le sonríe—apenas
Hai nada más sublime que esas sonrisas, llenas
De divinidad, que hacen surgir sobre la obscura
Silueta de los montes una inmensa blancura
Zodiacal.—Forja el hierro de su peto i su casco
La Paciencia en los yunques de una ideal Damasco,
I el Silencio custodia la hoguera donde amasa
Con bronce i sombra el verbo que templará en la brasa.

A fin de que los hombres alcancen con sus bocas
Su oreja, enormemente sentado entre dos rocas
Como un afable cóndor les escucha; i los hombres
Creen que están á un mismo nivel, almas, i nombres,
I cabezas. Los grandes hombres i las montañas
Es forzoso que siempre estén de pié. Estrañas
Son las voces del antro á la cumbre. La oruga
Que esconde entre las hierbas su imperceptible fuga,
Ve al águila i opina: «eres un sér monstruoso,
Águila!»—En cambio el águila no ve á la oruga. Hermoso
I divino es el cielo porque es indiferente
A las nubes que le hacen mal. El cielo es la frente
De Dios, sobre la eterna serenidad suspensa:
Cuando se llena de astros i sombra, es que Dios piensa.
El cielo se repite en las frentes radiosas.
No importa que ellas sean claras, ó misteriosas
O formidables, siendo capaces del martirio.
¡No de la infamia! Tanto vale rasgar un lirio
Como manchar un astro; el viejo Cosmos gime
Por la flor i la estrella con un amor sublime

I total. Grave enigma de amor! Esto consiste
En que el gran Sér no quiere que ninguno esté triste.
I el dolor, ese fuego que exalta todo nombre,
(Cristo sangriento, brilla; triste, suda como hombre.)
Es un heroico vino que ignora la tristeza.
Hombres! no escupáis nunca sobre una gran cabeza.
No seáis mancha cuando pudierais ser herida.
El hierro sufre en lo hondo de la fragua encendida,
Pero hasta hoi nadie ha visto las lágrimas del hierro.

El poeta es el astro de su propio destierro.
Él tiene su cabeza junto á Dios, como todos,
Pero su carne es fruto de los cósmicos lodos
De la Vida. Su espíritu del mismo yugo es siervo,
Pero en su frente brilla la integridad del Verbo.
Cada vez que una de esas columnas, que en la historia
Trazan nuevos caminos de esfuerzo i de victoria,
Emprende su jornada, dejando detrás de ella
Rastros de lumbre como los pasos de una estrella,

Noches siniestras, ecos de lúgubres clarines,
Huracanes colgados de gigantescas crines
I montes descarnados como imponentes huesos:
Uno de esos enjendros del prodigio, uno de esos
Armoniosos doctores del Espiritu Santo,
Alza sobre la cumbre de la noche su canto.
(La alondra i el Sol tienen de común estos puntos:
Que reinan en los cielos i se levantan juntos.)
El canto de esos grandes es como un tren de guerra
Cuyas sonoras llantas surcan toda la tierra.
Cantan por sus heridas, ensangrentadas bocas
De trompeta, que mueven el alma de las rocas
I de los mares. Hugo con su talón fatiga
Los olímpicos potros de su imperial cuadriga;
I, como de un océano que el sol naciente dora,
De sus grandes cabellos se ve surgir la aurora.
Dante alumbra el abismo con su alma. Dante piensa.
Alza entre dos crepúsculos una portada inmensa,
I pasa, transportando su empresa y sus escombros:
Una carga de montes i noches en los hombros.

Whitman entona un canto serenamente noble.
Whitman es el glorioso trabajador del roble.
Él adora la vida que errumpe en toda siembra,
El grande amor que labra los flancos de la hembra;
I todo cuanto es fuerza, creación, universo,
Pesa sobre las vértebras enormes de su verso.
Homero es la pirámide sonora que sustenta
Los talones de Júpiter, goznes de la tormenta.
Es la boca de lumbre surgiendo del abismo.
Tan de cerca le ha hablado Dios, que él habla lo mismo.

Aquella gran columna se ha poblado de voces:

«Las cosechas proficuas esperan nuestras hoces.
Los metales, esclavos de inmutable obediencia,
Trazan la ruta. El índice severo de la ciencia
Señala el paraíso de la grandeza humana.
El yunque i el martillo, sí; mas no la campana.

La razón es el lábaro del ideal eterno;
La razón que no admite ni el cielo ni el infierno.
Dios es un viejo amo, desterrado monarca
Que agoniza en la inmensa desolación de su arca.
—Substituir la noche por la aurora, i el falso
Culto por la evidencia de la luz; i el cadalso
Por el libro; ser astro, ser cumbre, ser progreso;
Sentir sobre la frente la dicha como un beso
Floral; prender al flanco de la tiniebla el rayo
Cual flamíjera espuela; contradecir el fallo
De los siglos; dar cimas á la conciencia augusta;
Romper los viejos moldes de la creencia injusta;
Confiscar á la sombra su vasto calabozo;
Anegar las tinieblas en un vasto alborozo;
Deshacer para siempre las coronas de espinas;
Sembrar modernas rosas sobre el altar en ruinas;
Desencajar las claves del formidable techo
Que encubre la sombría negación del derecho;
Bautizar con vitales perfumes toda frente;
Esprimir frescas uvas sobre el deseo ardiente;

Desafiar las borrascas con la altivez de un cedro
Secular; pedir cuentas á César como á Pedro
—«César que mata i Pedro que miente»;—alzar la mano.
Hasta la consagrada mejilla del tirano,
I con el mismo esfuerzo que inicie la venganza,
Ante el culto de muerte proclamar la Esperanza:
¡Hé aquí el nuevo dogma! Dios, lacerante yugo,
Es el primer tirano i es el primer verdugo.
La libertad le niega, la ciencia le suprime:
La libertad que alumbra, la ciencia que redime.
A destronarle, picas! Guerra á Dios! Muerte al mito!

—Mas ¿con qué váis, entonces, á llenar lo infinito?

No! la fe es la suprema reveladora. El mundo
Es un milagro eterno de fe. Lo que es fecundo,
O luminoso, ó bello—amor, estrella, rosa—
Certifica el imperio de una ley misteriosa

Que combina la trama de los destinos, i hace
Converger los esfuerzos de todo lo que nace
Sobre un eterno foco que ejecuta i que piensa
Tal como el haz de músculos de una derecha inmensa.
La fe es una montaña llena de precipicios.
En sus cavernas moran las larvas de los vicios:
Lo negro en lo monstruoso. Su cuesta es agria i dura.
En todas las montañas sólo la cima es pura.
La cima es el esfuerzo visible del abismo
Que lucha en las tinieblas por salir de sí mismo.
El alma tiene una: Dios. Si el alma descuella
Sobre su propio vuelo, se reconoce en ella.

Pueblo, sé poderoso, sé grande, sé fecundo;
Ábrete nuevos cauces en este Nuevo Mundo;
Respira en las montañas saludables alientos;
Destuerce los cerrojos del antro de los vientos;
Recoge las primicias de los frutos opimos;
Cíñete la corona de espigas i racimos;

Desarma la muñeca i el calcañar del fuerte
Cuyos sobacos huelen á bravío i á muerte;
Funda en las nuevas aras los dogmas fraternales
Noblemente rodeados de nimbos siderales;
Borra de tus encías la hiel de todo insulto;
I haz que las hostias sean, en tu moderno culto,
No de carne sangrienta sino de dulce trigo.
El Tio Sam es fuerte. Arraigada en su ombligo
Tiene la cepa de Hércules. En su vasta cabeza
Hai no sé qué proyectos de una informe grandeza:
Aprende el recio canto que esfuerzan sus martillos;
Muerde con sus tenazas la cuña de tus grillos;
Pon en las férreas ancas de sus locomotoras
Una gigante carga de nubes i de auroras;
Desflora con su hierro las cumbres familiares;
I alzándote desde esos gigantescos altares,
Proclama á Dios, en frente de las excelsas lumbres
Del Sol. Los arrabales del cielo son las cumbres.
Castiga, si hai infamia qué castigar; nivela
Los antros, no las cimas; alza tu blanca vela

Sobre el egregio mástil de la fé; tiende al viento
Como un plumaje de oro todo tu pensamiento,
I abre á la aurora tu alma como un bosque armonioso.
El astro de tu suerte flota en lo misterioso.
Algo, como una sorda germinación que abraza
Con sus potentes vástagos la carne de la Raza,
Algo que sobre el monte de tus espaldas pesa
Cual la triunfante garra de un cóndor que hace presa,
Pretende libertarte de tu peñón sombrío:
Salvadora borrasca que sacude al navío,
Obscuras expansiones del oculto renuevo,
Alas que se presienten en la eclosión del huevo....
Tú eres el arca errante del abismo. Tu frente
Es el lecho de sombra del ideal naciente.
Los siglos te desean, pero tu alma está obscura
Todavía; la llama divina que fulgura
Sobre el total esfuerzo de las razas, no brilla
En tu cabeza. El árbol duerme aún en la semilla.
Mas la semilla en lo hondo del porvenir vegeta.
De ella surgirá este átomo, este sol:

Un poeta!

Un poeta? Es preciso. Dios no trabaja en vano.
Cuando sobre las cumbres del pensamiento humano
La noche se constela de lejanos fulgores,
Cuando las grandes lenguas del viento dan rumores
Inauditos, i cuando sobre esas cumbres flota
La inefable caricia de una armonía ignota,
La luz presiente al astro, la fe presiente al alma.

Dios trabaja en el seno de una inmutable calma.
Pero las grandes voces: el trueno, el mar, el viento,
Dicen las predicciones de aquel advenimiento.
—Yo escuché esas tres grandes voces: Dios ha querido
Que esas tres grandes voces sonaran en mi oído.
Dios ha dicho palabras á la hoja de hierba:

Pueblo del Nuevo Mundo, tú eres la gran reserva
Del Porvenir. Tu grave destino que medita
El vasto pensamiento de la sombra, palpita

Como el feto de un astro futuro entre el oleaje
De las Causas divinas. Tu frente alta i salvaje
Deja correr en olas pensamientos sombríos,
Tal como una montaña madre de muchos ríos.
Tus esperanzas, formas que en lo vago se mecen
Llenando excelsitudes luminosas, parecen
Una visión de torres bajo una alba dorada.
Allí está Dios. Su mano patèrnal levantada
Sobre el abismo, enseña las proficuas cosechas.
En su mirada de oro vibran sublimes flechas.
Su seno es inefable. Su poder no fatiga
Ni un pétalo de rosa, ni una antena de hormiga.
Vosotros los siniestros que le llamáis tirano,
Vosotros los campeones del ideal humano,
Vosotros los intérpretes austeros de la Vida,
Vosotros los apóstoles de la razón deicida,
Los que queréis derecho, libertad, luz, aurora,
Para todo el que sufre, para todo el que llora,
Para todo el que piensa, para todo el que canta,
Oh admirables rebeldes de la luz: si os espanta

Que Dios reine en sus cielos, que su grandeza impere
En todo lo que vive i en todo lo que muere,
Que su palabra, llena de celestes cariños,
Cubra de bendiciones las cunas de los niños,
Que el trueno de su boca desarraigue los montes,
Que el fulgor de su gloria llene los horizontes,
Que el rayo de sus ojos omnipotentes, vibre,
¡Dejadle, por lo menos, que sea un hombre libre!...

—Los astros centelleaban de furores divinos,
I daban fuertes sonos como un bosque de pinos
Flameantes cabalgado por el huracán, sonos
Que flotaban cual nubes sobre los escuadrones
De aquella gran columna blasfema. El mar oía,
Oía la montaña, la selva, el antro, el día,
Presintiendo un cercano temblor de cataclismo
Ante esas formidables alarmas del abismo.
Aquellos sonos eran las palabras de una ira
Tenebrosa que hablaba como el viento en la lira.
«¡El alma está en peligro!» clamaban. Desde el cielo.

Caían sordas lágrimas de sangre i luz; el duelo
De las sombras pesaba sobre la tierra inerte
Como un árbol sobre una meditación de muerte.
La Cruz austral radiaba desde la enorme esfera
Con sus cuatro flamígeros clavos, cual si quisiera
En sus terribles brazos crucificar al polo.
En medio de aquel trágico horror, yo estaba solo
Entre mi pensamiento i la eternidad. Iba
Cruzando con dantescos pasos la noche. Arriba
Los astros continuaban levantando sus quejas
Que ninguno sentía sonar en sus orejas.
Rugían como bestias luminosas, heridas
En el flanco, mas nadie sujetaba las bridas;
Nadie alzaba los ojos para mirar aquellas
Gigantes convulsiones de las locas estrellas;
Nadie les preguntaba su divino secreto;
Nadie urdía la clave de su largo alfabeto;
Nadie seguía el curso sangriento de sus rastros...

..I decidí ponerme de parte de los astros.

PRIMER CICLO

Hic sunt leones

(Anotación geográfica de
un antiguo Mapamundi)

THE GREAT EAST

OF THE GREAT EAST
(Continued on page 2)

oda á la Desnudez

Qué hermosas las mujeres de mis noches!—
En sus carnes, que el látigo flagela,—pongo
mi beso adolescente i torpe,—como el rocío
de las noches negras—que restaña las llagas
de las flores.—Pan dice los maitines de la
vida—en su rústico pifano de roble,—i Ca-
nidia compone en su redoma—los filtros del
pecado, con el polen—de rosas ultrajadas, con
el zumo—de fogosas cantáridas. El cobre—
de un címbalo repica en las tinieblas,—reen-

carnan en sus mármoles los dioses,—i las
pálidas nupcias de la fiebre—florece como
crimenes; la noche,—su negra desnudez de
virgen cafre—enseña, engalanada de fulgores
—de estrellas, que acribillan como heridas—
su enorme cuerpo tenebroso. Rompe—el seno
de una nube i aparece,—crisálida de plata,
sobre el bosque,—la media luna, como blanca
uña—apuñaleando un seno; i en la torre—don-
de brilla un científico astrolabio,—con su
mano hierática, está un monge—moliendo jun-
to al fuego la divina—pirita azul en su al-
mirez de bronce.

Surgida de los velos aparece—(ensueño as-
tral) mi pálida consorte,—temblando en su emo-
ción como un sollozo,—rosada por el ansia
de los goces—como divina brasa de incensa-
rio.—I los besos estallan como golpes,—i el

rocio que baña sus cabellos—moja mi beso adolescente i torpe;—i jimiendo de amor bajo las torvas—virilidades de mi barba, sobre—las violetas que la ungen, esprimiendo—susangre azul en sus cabellos nobles,—palidece de amor como una grande—azucena desnuda ante la noche.

Ah! muerde con tus dientes luminosos,—muerde en el corazón las prohibidas—manzanas del Edén; dame tus pechos,—cálices del ritual de nuestra misa—de amor; dame tus uñas; dagas de oro,—para sufrir tu posesión maldita;—el agua de tus lágrimas culpables;—tu beso en cuyo fondo hai una espina!—Mira la desnudez de las estrellas;—la noble desnudez de las bravias—panteras del Nepal; la carne pura—de los reciennacidos; tu divina—desnudez que da luz como una lámpara

—de ópalo, i cuyas virgenes primicias—disputaré al gusano que te busca,—para morderte con su helada encía—el panal perfumado de tu lengua,—tu boca, con frescuras de piscina.—Que mis brazos rodeen tu cintura—como dos llamas pálidas, unidas—al rededor de una ánfora de plata—en el incendio de una iglesia antigua.—Que debajo mis párpados vigilen—la sombra de tu sueño mis pupilas,—cual dos fieras leonas de basalto—en los portales de una sala egipcia.—Quiero que ciña una corona de oro—tu corazón, i que en tu frente lilia—caigan mis besos como muchas rosas,—i que brille tu frente de Sibila—en la gloria cirial de los altares,—como una hostia de sagrada harina:—i que triunfes, desnuda como una hostia,—en la pascua ideal de mis delicias.

Entrégate! La noche bajo su amplia—cabe-
llera flotante nos cobija.—Yo pulsaré tu cuer-
po, i en la noche,—tu cuerpo pecador será
una lira.

á Histeria

¡Oh, como te miraban las tinieblas,—cuando
ciñendo el nudo de tu abrazo—á mi gargan-
ta, mientras yo espoleaba—el formidable ijar
de aquel caballo,—cruzábamos la selva tem-
blorosa—llevando nuestro horror bajo los
astros!—Era una selva larga, toda negra:—
la selva dolorosa cuyos gajos—echaban san-
gre al golpe de las hachas,—como los miem-
bros de un molusco [extraño.—Era una selva
larga, toda triste,—i en sus sombras reinaba

nuestro espanto.—El espumante potro galopaba—mojando de sudores su cansancio,—i ya hacia mil años que corría—por aquel bosque lúgubre. Mil años!—I aquel bosque era largo, largo i triste,—i en sus sombras reinaba nuestro espanto.—I era tu abrazo como nudo de horca,—i eran glaciales ténpanos tus labios,—i eran agrios alambres mis tendones,—i eran zarpas retráctiles mis manos,—i era el enorme potro un viento negro—furioso en su carrera de mil años.

Caimos á un abismo tan profundo—que allí no habia Dios: montes lejanos—levantaban sus cúspides, casqueadas—de nieve, bajo el brillo de los astros,—como enormes cabezas de kalifas;—describia Saturno un lento arco—sobre el tremendo asombro de la noche;—los solemnes reposos del Oceano—desnivelaba.

la siniestra luna,—i las ondas, hirviendo en los peñascos,—hablaban como lenguas, con el grito—de las vidas humanas que tragan.—Entonces, desatando de mi cuello—el formidable nudo de tu abrazo,—buscaste ansiosa con tus ojos mártires,—mis torvos ojos que anegó el espanto.—Oh, no mires mis ojos; hai un vértigo—dormido en sus tinieblas; hai relámpagos—de fiebre en sus honduras misteriosas,—i la noche de mi alma más abajo:—una noche cruzada de cometas—que son gigantes pensamientos blancos!—Oh, no mires mis ojos, que mis ojos—están sangrientos como dos cadalsos;—negros como dos héroes que velan—enlutados al pié de un catafalco!—I aparecieron dos ojeras tristes—como flores del Mal bajo tus párpados,—i yo besaba las siniestras flores,—i se apretaban tus heladas manos—sobre mi corazón, brasa lasciva,—i alzábanse tus ojos en espasmo,—i yo aparta-

ba mis terribles ojos,—i en tus ojos de luz
había llanto,—i mis ojos cerrábanse, implaca-
bles,—i tus ojos abriáanse, sonámbulos,—i que-
ría mis ojos tu locura,—i huía de tus ojos mi
pecado:—i al fin mis fieros ojos, como un cri-
men,—sobre tus ojos tímidos brillaron,—i al
sumerjir en mis malditos ojos—el rayo triste
de tus ojos pálidos,—en mis brazos quedáste,
amortajada,—bajo una eterna frialdad de
mármol.

los celos del Sacerdote

Obsta con densa máscara de seda—el cruel carmín de tu inviolada boca,—i la gran noche azul de tus pupilas,—i el cielo de tu frente luminosa.—Destrenza tus cabellos como un duelo—sobre tu nuca artística, oh Theóclea!—(tus largas trenzas—peinadas por los besos de mi boca.)—I reviste la túnica de luto,—que cuando en torno de tus flancos flota,—parece que la noche se desprende—de tus hombros. Yo quiero con la loca—ansiedad.

de mis celos exclusivos,—solo para mis manos
esa heroica—desnudez de tu seno, que apa-
rece—como el orto de un astro; i esa gloria
—de tu garganta que triunfal emerge,—como
una copa—de acero, que los técnicos cinceles
—labraron; i esa curva vencedora—de tu eúr-
nea cadera que realza—la orquestal armonía
de tus formas—bajo la gran caricia de la seda.
—Cuando cruces (fantasma, luz, estrofa,)—
por las ruinas que pueblan mi cerebro,—como
la triste luna que corona—la trunca arqui-
tectura de las nubes:—yo quiero verte en-
vuelta por la sombra—de la máscara negra i
tus cabellos,—i la fúnebre seda de tus ropas,
—como la estatua Libertad que velan—cuan-
do la patria está en peligro. Sola—en mi
templo de amor, dame tus brazos,—que ane-
garán mi cuerpo cual dos ondas,—en turbulen-
ta confluencia unidas,—i tus pudores trémulos
de novia,—i el beso que en los sabios sacri-

legios—me dejas en los labios como una hostia,—i el albor de tu seno en que culmina—bajo una tibia irrealidad de blondas,—el orgullo ducal de un palpitante—pezón de rosa;—i la gracia triunfal de tu cintura,—como una ánfora llena de magnolias,—i el hermético lirio de tu sexo,—lirio lleno de sangre i de congojas.

I que solo tus manos se destaquen— en la noche de seda de tus ropas,—cuando estés en mis brazos victimarios—(¡deseado crucifijo de las bodas!)—I que solo tus manos sean vistas—por estrañas pupilas, cual dos tórtolas—que se aman blancamente, consagradas—por los besos exhaustos |de mi boca... —I que gocen los hombres del delito—de tus manos desnudas: oh Theóclea!

la rima de los Ayes

Cuando te hablen del luto más amargo,—
de las desolaciones más amargas,— de la
amargura de las negras hieles,—de la negra
agresión de las nostalgias,—de las almas más
tristes y más torvas,—de las frentes más tor-
vas i más pálidas,—de los ojos más turbios
i más secos,—de las noches más turbias i más
largas,—de las fiebres más bravas i más ro-
jas,—de las iras más sordas i más bravas:—
acuérdate del tétrico enlutado,—de la lira si-

niestra i enlutada—envuelta en negros paños, como un féretro,—llena de sonos i de voces vagas,—cual si jimiera una alma tenebrosa—en el hueco sonoro de su caja.

Qué noche! Palideces de cadáver—tenian los fulgores de mi lámpara,—i como una grande ave prisionera—latia el corazón, allá en la estancia,—que estaba fria i negra, triste i negra:—negra con la presencia de mi alma!—De un rincón donde habia mucha noche,—comó un enorme horror, surgió un fantasma.—Acuérdate del ojo más opaco,—de la frente más livida i más calva,—del presagio más triste de tus sueños,—de un miedo estrangulante como garra,—de la angustia de intensa pesadilla—que se siente caer como una lápida,—de la noche del Viernes doloroso.... —I piensa luego en mí: ¡yo era el fantasma!

¡Ah, cuando oigas hablar de esos tormentos—cuyo amargor anega las gargantas,—que aprietan los sollozos delirantes—como filosos garfios de tenaza.—¡Ah, cuando oigas hablar de esos delirios—que atormentan las vidas desoladas, — como los vientos nubios que atormentan—la desolada arena del Sahara.— ¡Ah, cuando oigas hablar de esas pasiones—que vuelca el corazón como la lava—(candente sangre de las hondas vetas—que vuelca la erupción como honda náusea).—¡Ah, cuando oigas hablar de esas angustias—que oscuros huecos en los pechos cavan,—cual la enorme espiral de remolinos—que perfora en los golfos la resaca:—diles que existe un lóbrego paraje—en la infinita latitud de mi alma,—con silenciosas noches de seis meses—cual la triste península Kamchatka.—Que allí vive la musa de los Ayes,—mi concubina desolante i pálida,—en cuyas carnes hostilmente frias—se quie-

bra la Intención, como una espada.—Que allí existe una cumbre siempre muerta—bajo el aire polar, i que se llama — Monte de las Tristezas, i que moran—familias de cipreses en sus faldas.—Que allí flotan lamentos de suicidas,—que allí humea una estéril solfatarra,—donde están, capitales del Orgullo,—numerosas Pompeyas enterradas.—Que allí ruge una mar de ondas acerbas—que enturbian los asfaltos y las naftas,—i que en ella las almas desembocan—los tristes sedimentos de sus llagas.—Que allí brama la fiera que está oculta—tras el perfil de la frontera atávica,—que allí ladran los dogos formidables,—que allí retoña en su raiz la garra,—que allí recobra la siniestra célula—todos los cienos de su oscura infancia!

¡Ah cuando oigas hablar de esos errantes—

cuya leprosa piel quema i contagia,—cuando entres á esos lúgubres talleres—donde baten los hierros de las armas,—cuando sueñes que un sapo te acaricia—con su beso de almizcles i de babas,—cuando recuerdes á Luzbel llorando—un llanto cruel como collar de brasas:—acuérdate del tétrico enlutado,—de la lira siniestra i enlutada,—que vibra como un féretro sonoro—que mantuviese prisionera una alma;—delossonoros féretros que vibran—cual las liras siniestras i enlutadas,—del pálido siniestro que te besa,—del beso de huracán que hai en tu alma,—del huracán que pone con un beso—sus negros labios en tu frente pálida,—de la estrella i la noche:—de tu alma i de mi alma!

nebulosa Thulé

Vamos, oh reina, unidos por los labios,—
con la gran cabalgata de las fugas,—cuyas
enormes yeguas—van abriendo la noche de
las tumbas—con sus pechos de bronce, sumer-
jidos—como náufragas proas en la bruma.—
Mi palacio es un féretro de plata—propicio á
los ensueños de las nupcias;—un gran palacio
lóbrego, más rico—que los Emperadores; una
tumba—vibrante con las nobles armonías—
que dan los vientos en sus liras truncas.—

Une tu frágil esqueleto al mio—para soñar la vida, oh reina rubia!

Los astros son propicios; en el cielo—la Cruz del Sur sobre la noche apunta,—i la esplendente conjunción de Venus—favorece los lechos y las cunas.—El astrólogo hará sobre tu pelvis,—sagrario de marfil de mis angustias,—un signo heroico, i atará tu velo—con la estola ritual de su casulla.—I verás mis estrofas, relucientes—cual panoplias suntuosas, que las yuntas—de bravios puñales ornamentan,—i danzarán mis odaliscas nubias—con las cejas doradas, i teñidas—en añiles cerúleos las uñas,—mientras la blanca Dama de Hohenzollern—un faisán de oro en su balcón despluma.—I me darás tus labios (oh tus labios—carnales i sabrosos como frutas,—viviendo en tu esqueleto descarnado!)—i sangrará una intensa mordedura—

sensual; i sobre el hierro de mi peto—reposará tu calavera rubia,—como imperial medalla de oro antiguo—con que condecoraron mi armadura;—i la triple cimera de mi casco—te dará el viento de sus grandes plumas;—i tras de las ebúrneas costillas—(asi dos aves que aprisionan juntas—en una jaula de dorados hierros)—se verá palpar como hojas mustias—nuestros dos corazones; i tus manos—sonarán en mis vértebras agudas,—i ambiguamente cubrirá tu velo—fúnebres suspicacias en la tumba.

I ante el cielo que anega—en azul de pupila la nocturna—serenidad cruzada por los orbes,—mientras canta la paz de nuestras nupcias—un soneto macabro, que instrumenten—catorce tibias huecas con su música,—mientras silba el cordel patibulario—i el esquilón la media noche anuncia:—sobre el fiero

carmin de mis heridas,—que honrarán lengua^s
crónicas de lucha,—caerá el polvo de oro de
tus besos;—i mirarán los séres de la bruma
—bajo un sauce que crispa sus follajes—(como
un blanco pavón, que en la penumbra—está
haciendo la rueda á las estrellas)—bajo un
sauce que vela dos angustias,—unirse nues-
tros huesos, como rimas—de una estrofa com-
pleta, oh reina rubia:—Bajo un sauce de
plata, protegidos—por el inmenso escudo de
la luna.

la vendimia de Sangre

En la hipnótica selva de mi alma,—donde anudan sus cópulas los lobos,—donde teje su red la araña negra—i suda sus ponzoñas el euforbio,—está un gallardo paladin, herido—por la doble amenaza de tus ojos:—tiene abiertos los hierros de la cota—i en dos partido su blasón histórico,—zodiacal simulacro que domina—con su alto vuelo un gerifalte heroico.—Ese es mi corazón, el Maldiciente,—el que canta á los cielos tenebrosos—donde

lloran en fuego las estrellas,—donde trazan fatídicos horóscopos—los cometas de cola formidable,—que abren la maravilla de su ojo—como enormes pescados del abismo.—Ese es mi corazón, hinchado de odios,—como un estuche de terribles joyas—ávidas de punzar tu cuerpo de oro.

En las tinieblas cómplices perpetra—la vieja Eternidad alguna infamia.—Impresionando legendarias citaras,—sueña en azul un ritmo de Alemania.—Hai felices allí; damas que lucen—el pudor insolente de sus gracias—i mancebos de vértebras pulidas—como engrasados ejes de bisagra.—Desfallecen las rosas ilusorias;—la noche se ha manchado de fragancias,—como una gran leona sometida—que acepta las pulseras de sus zarpas.—Hai un clarín que ahulla en las tinieblas—estri-

dencias de cobre, que desgarran—el triste viento, como un perro triste—que llora á su hembra ante la luna impávida.—Esta es la noche de mis largas penas,—de mis penas tan hondas i tan largas,—que en ella han completado los otoños—su laboriosa floración de canas.—Ven á ver cómo sufro! como irritan—el humor deleitoso de mis llagas,—esas bocas que rien risas negras—bajo el frío albayalde de las máscaras!—Hiéreme más con tus agudos ojos,—desplega en mi tu tiranía de águila,—(oh mi novia espectral que los jazmines—en sábana de aromas amortajan!)—I cuando hundido en la imponente noche—como el escombro de una altiva estatua,—naufraque mi cerebro en el ensueño,—yo exaltaré el cariño de tus garras,—como aprieta el cilicio á sus riñones—el lujurioso asceta en sus batallas.

¡Oh, la divina prenda de tus besos,—i la flor de tu carne en la mortaja,—i el olor de tu piel bajo mi boca,—i el valor de tu sangre i de tus lágrimas!—¡Oh, sufrir como un dios que se estremece—de vergüenza i amor entre las garras—de una pantera virgen i asesina,—por su senil divinidad amada!—¡Oh, gemir con el ansia inextinguible—de tus fluidos abrazos, con el ansia—de tu carne invadida por la piedra—de la virginidad fria y nostálgica!—¡Oh, sentir que en la espalda envilecida—asienta el querubín sus piés de plata!—i que tus piés de querubín se asientan—en la vil actitud de mis espaldas!...

rosas de Calvario

Posada sobre el pliego,—en el negro dintel de mis delirios,—está una inmóvil mariposa negra.—Es media noche; por sus largos hilos —descienden las arañas ponzoñosas;—sobre el mundo dormido—cae el reflejo de una inmensa luna,—como el pálido lienzo que los vivos —echan sobre la faz de los difuntos;—canta sus coplas de lujuria el Vicio,—quemando los fragantes alcoholes—que revuelven la hez de los fastidios.—Están dormidas las exhaustas

núbiles;— los ensueños lascivos,—con sus vibrantes alfileres punzan—carnes que tienen floración de lirio.—Hai ásperas pimientos difundidas—en la opaca redoma de los filtros;—un vasto desconsuelo en las estrellas;—una gran pena de mortales frios;—un murmullo en los álamos simbólicos—que se alzan á la orilla del camino,— como un cortejo de delgadas viudas—veladas por el luto de sus siglos.

Es que puedo llorar? Sombra i encanto!
—Las flaquezas del casto, que el delito—en la afición estéril exaspera,— no engendran más satánicos delirios—que este raudal de roedoras lágrimas,—en la cueva del tórax contenido—como el flujo de lavas en la roca;—que esta lúgubre pena, cuyo simbolo—es la tétrica sombra de la ojera—que entristece los párpados marchitos.—El agrio cascabel

de la Locura—martiriza cerebros, que son limbos—donde flotan las formas del ensueño:—geometrias, vampiros,—blasfemias,—ninfeas, llagas, gritos,—restricciones ilógicas de cejas,—elipsis fugitivas, estrabismos,—garras, linternas, partos, agonias,—cuerpos trenzados en monstruoso idilio—más triste que las uñas en las hienas,—que las calladas series de guarismos,—i que la decadencia de los faunos,—i que los indomables apetitos—que roe con intensa mordedura—la flamigera brasa del Castigo.

Mi novia yerta viene:—es un callado lirio—que nació en la bondad de los sepulcros—(Flor, Virgen, Alma, Espuma, Nieve, Simbolo),—lo frágil! Bajo el rayo de la luna—tiemblan las perlas de agua de su nimbo,—i una pálida luz de la otra vida—la envuelve como

un manto de suspiros.—¡Oye cuál ladran los siniestros perros—á la asombrada noche! En lo infinito,—la estrella Aldebarán, enrojecida —como un ojo ebrio de mirar asiduo.—Sobre el pliego la negra mariposa,—la estrella Aldebarán sobre el abismo,—el freno en las quijadas de los potros,—la escarcha en las espaldas de los tísicos,—junto á Dios dientes blancos que rechinan,—i agudos como triángulos, ladridos—de lúgubres mastines en el largo—pliegue del viento frío.

En el establo de Belén, María—sonríe al blanco niño,—con su doliente palidez de puérpera,—con su aroma de flor del huerto bíblico.—Así mi triste novia sonreía—profanada al fulgor de cuatro cirios,—que se fundían como cuatro lágrimas—bajo un gran simulacro de martirio;—bajo el enorme sueño del

espacio,—en frente de mi espíritu,—que era
tal vez la mariposa negra—posada en el din-
tel de mis delirios.

metempsicosis

Era un país de selva i de amargura,—un país con altísimos abetos,—con abetos altísimos, en donde—ponía quejas el temblor del viento.—Tal vez era la tierra cimeriana—donde estaba la boca del Infierno,—ó la isla que en el grado ochenta i siete—de latitud austral, marca el lindero—de la líquida mar; sobre las aguas—se levantaba un promontorio negro,—como el cuello de un lúgubre caballo,—de un potro colosal, que hubiera muerto—en su

última postura de combate,—con la hinchada nariz humeando al viento.—El orto formidable de una noche—con intenso borrón manchaba el cielo,—i sobre el fondo de carbón flotaba—la alta silueta del peñasco negro.—Una luna ruinosa se perdía—con su amarilla cara de esqueleto—en distancias de ensueño i de problema;—i habia un mar, pero era un mar eterno,—dormido en un silencio sofocante—como un fantástico animal enfermo.—Sobre el filo más alto de la roca,—ladrando al hosco mar estaba un perro:

Sus colmillos brillaban en la noche—pero sus ojos no, porque era ciego.—Su boca abierta relumbraba, roja—como el vientre caldeado de un brasero;—como la gran bandera de venganza—que corona las iras de mis sueños;—como el hierro de una hacha de verdugo

—abrevada en la sangre de los cuellos.—I en aquella honda boca ahullaba el hambre,— como el sonido fúnebre en el hueco—de las tristes campanas de Noviembre.—Vi que mi alma con sus brazos yertos—i en su frente una luz, hipnotizada—subia hacia la boca de aquel perro,—i que en sus manos i sus piés sangraban—como rosas de luz, cuatro agujeros;—i que en la hambrienta boca se perdía,—i que el monstruo sintió en sus ojos secos —encenderse dos llamas, como lividos—in- cendios de alcohol sobre los miedos.

Entonces comprendí (Santa Miseria!)—el misterioso amor de los pequeños;—i odié la dicha de las nobles sedas,—i las prosapias con raíz de hierro;—i hallé en tu lodo gérmenes de lirios,—i puse la amargura de mis besos—sobre bocas purpúreas, que eran lla-

gas;—i en las prostituciones de tu lecho—vi
esparcidas semillas de azucena,—i aprendí á
aborrecer como los siervos;—i mis ojos mira-
ron en la sombra—una cruz nueva, con sus
clavos nuevos,—que era una cruz sin victima,
elevada—sobre el oriente enorme de un in-
cendio,—aquella cruz sin victima, ofrecida—
como un lecho nupcial. I yo era un perro!

antífonas

Cual las alas de un cisne nuestras canas
Han cubierto el sepulcro de las frentes
Cual las alas de un cisne nuestras canas.

Ha perdido su manto la azucena
Como una triste novia, en breves dias
Ha perdido su manto la azucena.

La harina de las hostias profanadas
Su mística substancia ha recobrado
La harina de las hostias profanadas.

La carne maternal, la carne triste,
Como una viña temporal se agota
La carne maternal, la carne triste.

La sábana amorosa i la mortaja
Son análogos lienzos de sepulcro
La sábana amorosa i la mortaja.

Emigre la semilla de la siembra
Del genésico horror de las matrices
Emigre la semilla de la siembra.

Como el pudor de la vejez es pálido,
Conservemos su frío, porque el frío
Como el pudor de la vejez es pálido.

Tus brazos apretados á mi cuello
Son dos gajos de zarza flagelante
Tus brazos apretados á mi cuello.

Mis besos, con agudas disonancias
En tus nervios hostiles repercuten
Mis besos, con agudas disonancias,

Corriendo por tu piel, ya diferente,
Como gotas de azogue incoercible
Corriendo por tu piel, ya diferente.

Unidas nuestras mutuas iniciales
En el gran corazón de las encinas
Unidas nuestras mutuas iniciales

Permanezcan ocultas á los años.
En inviolable cópula juntadas
Permanezcan ocultas á los años.

En las tibiezas de una noche, suave
Como los belfos de una tigre negra,
En las tibiezas de una noche suave,

Duérmete sobre el mármol de mi pecho
Como la reina de una historia antigua
Duérmete sobre el mármol de mi pecho.

Yo verteré por ti lágrimas blancas
Como larga caída de azahares
Yo verteré por ti lágrimas blancas.

Yo pondré una luciérnaga nocturna
Cual minúscula lámpara en el túmulo
Yo pondré una luciérnaga nocturna.

En la cúspide enorme de un madero
El Angel Blanco de terribles alas
En la cúspide enorme de un madero,

Para matar mi amor blasfematorio
Que como un negro Gelboé descuella,
Para matar mi amor blasfematorio

Mi lengua clavará con una estrella.

REPOSORIO

012020504

salmos del Combate

Escuchas? Mientras lloras i suspiras,
Enardecen los bravos acicates
Al palafrén de jenerosas iras,
I triunfa en las estrofas i las liras
La épica militar de los combates.

Ardua es la ruta de las nuevas zonas

En que el dolor á combatir obliga,
Despojando de palmas las coronas,
Como el recio molar de las tahonas
De sus féculas dulces á la espiga.

Deja el pomposo harem de tus sultanas;
Ya han bajado al estadio los atletas.
Ya cantan á las huestes soberanas
El pregón victorioso de las dianas,
Con sus claras gargantas las trompetas.

Deja el triste laúd de los amores.
Resuella en los clarines de tu rima.
Yo estoi en el tropel de luchadores:
La corona que ciño no es de flores,
Es de zarza de Horeb. Quema i lastima!

Hai un timbal de Momo en cada empresa]
I una cola de lobo en cada hazaña.
Si el abismo á tu paso se atraviesa,
Como los nobles pájaros de presa
Guarda intacto el honor de tu montaña.

Ven! El combate purifica al fuerte.
La espuma nace del furor de la onda.
Si el alevoso error tu sangre vierte,
Canta el aria del triunfo ante la muerte
Como el grupo inmortal de la Gironda.

Álzate como enhiesto centinela
Sobre la noche hostil, ante los odios.
Álzate i calza en el talón la espuela.
Ya está pronta la heroica escarapela

Que premia los gallardos episodios.

Ya el bardo de las tristes serenatas
Ofrece al triunfo su clarín sonoro.
I en los pendones de las luchas gratas,
Flamean agresivos escarlatas
Donde embravece el Sol cóleras de oro.

SEGUNDO CICLO

.... No hagáis mal á la tierra, ni á la mar, ni á los árboles, hasta que señalemos á los siervos de nuestro Dios en sus frentes.

(San Juan.)

el hijo del Hombre

El desierto,—el desierto donde cae la fatiga de una noche enorme i trájica,—i la luna como un cobre de voraz orin mordido,—en las nubes montañosas quiebra sus cuernos de plata,—en las nubes tenebrosas como un crimen,—en las nubes mudas, mudas... altas, altas.... —El desierto donde tiemblan los orgullos moribundos—de las tardes; donde pálidas—lloran lágrimas de sangre las desoladas auroras,—donde el viento sueña enormes pesadillas de

fantasmas;—donde exhalan sus ruidos—las angustias de las leonas preñadas,—donde beben turbias sales las rabiosas—zarzas,—donde espiran los camellos olfateando la odre enjuta—bajo el trémulo esqueleto de las palmas.—El desierto,—i la luna inmensa i trájica:—i la luna,—i la luna de una livida aflicción amortajada,—sobre el desierto incendiado por la fiebre de los soles,—pasa—toda triste,—toda triste i trágica,—triste y trágica la luna—en su sueño luminoso de sonámbula.

Una roca culminante—como una ara.—Una roca donde á veces—vieron los siglos clavado el marcial perfil de una águila.—De rodillas—está un hombre con las manos levantadas,—i de sus ojos absortos—como dos salobres lagos, se derrama—la amargura de esos llantos que son flujos,—de esos llantos que son flu-

jos de interiores puñaladas.—Ora al Padre.
—Ya están cercanos los días de la sangre;
ya las palmas—del martirio reverdecen en
los dátiles sombríos,—i la vieja Sinagoga
está en alarma.—Ora el triste Jesu-Cristo
con los codos apoyados en la roca,—i sus
codos sangran—en las rojas asperezas de
la roca, i en sus lábios—irritados como bra-
sas,—hai un vago resplandor fosforescente—
que relumbra en las tinieblas agitadas.—Los
cabellos sobre el rostro están tendidos,—cual
la angustia de una noche de dolor sobre una
trájica—fiebre; duermen en su pecho los cua-
renta días tristes,—i su corazón se alza—en
el fondo de su pecho como cumbre envuelta
en nieves;—i la luna como lúgubre sonám-
bula,—toca el flanco de la roca con un rayo
largo i triste,—i la sombra de la roca sobre
el arenal se alarga,—i la sombra del Profe-
ta—es más larga que la sombra de la roca.

que se pierde en la distancia...—I la luna se hunde,—i la sombra baja,—i la sombra—baja; —i en el fondo de la sombra,—Jesu-Cristo llora i ora con las manos levantadas,—i sus labios irritados resplandecen—con la sed de las vijilias solitarias,—con las hondas languideces del ayuno—que sus ojos iluminan con centellas extrahumanas,—mientras vienen los leones—de las eternas montañas,—á apagar su sed lamiendo con sus rojas lenguas húmedas—la amargura de su inmóvil lengua pálida.

El desierto,—i la luna triste i trágica;—i las nubes montañosas sobre el pórtico lejano de los cielos;—i el Profeta con los ojos en la luz de las montañas,—ora al Padre sobre el crimen de la tierra,—i la tierra pide sangre con sus bocas de venganza:—con la boca de

los montes encendidos,—con la boca de los
mares que interrogan el misterio de las playas...

los Árboles

En el crepúsculo cruzan brigadieres gigantes,—en las nubes,—en las nubes malva i fuego;—i sollozan viudeces efimeras en las nubes,—desatando largas lágrimas i velos—largos; pasan por la sombra—los brigadieres del viento,—i prendidos á los flancos de sus potros los relámpagos—de las espuelas; soberbios,—los torreones de las nobles capitales de las nubes—se enderezan en la gloria de un incendio,—como larga teoría de magnificos

abades—que á los hornos del martirio se dirijen en silencio;—como yeguas desgüeñadas que se agolpan—á beber el oro líquido de los rutilantes piélagos;—como ofrenda de magnolias gigantescas—al redor de un tabernáculo desierto;—como pira de amazonas degolladas—que confunden las heridas desnudeces de sus cuerpos;—como tempestad de mármol—en el fondo de un brillante pensamiento.—I galopan—los enormes caballeros,—con sus sables—i sus petos,—i la noche—va cayendo—en el hueco del crepúsculo—como un gran cadáver negro.—I es un órgano de músicas lejanas—el viento;—es un órgano de sonos encantados,—i en su seno—se estremecen rotaciones de gigantes maquinarias,—i galopes de espantosos rejimientos,—i mecánicas de bárbaros lenguajes,—i estertores espasmódicos de enfermos:—en el órgano,—en el órgano del viento.

I en el cielo tenebroso,—en el cielo,—se esfuma la Via-Láctea cual la sutura de un cráneo—negro.—I es el cielo tenebroso una flor llena de sombra,—una flor viva regada de palpitantes luceros,—i en la lúgubre ribera de la noche—con su gran paso de seda va el Silencio.—I la Tarde va á sentarse resignada —bajo los sauces espesos,—muda i pálida la Tarde,—una mujer muda i pálida que tiene llenos de brisas los cabellos;—bajo los sauces doblados—cual banderas á media asta sobre un duelo,—para oír cantar las blancas agonías de los cisnes,—para ver como se anula la caída de los pétalos.—I los lirios se despiertan en la tierra,—i los astros se iluminan en el cielo,—i de los cálices blancos se levantan—los suspiros de los muertos,—i regado de sangrientas—rosas, el monte de nubes va arruinándose á lo lejos.

Esta es la hora en que los árboles, con sus carnes devoradas por las hachas,—se revisten de misterio.—I cómo lloran sus hojas—por el crimen de las hachas como párpados sangrientos!—Cómo sufren con sus almas silenciosas,—del adiós que dan los días en el linde del desierto!—Su plañido de mil años se desata cada tarde,—como la humedad siniestra de los dolientes pañuelos,—su plañido que se queja del martirio de las hachas,—en los profundos ropajes del Silencio:—mientras las llagas reviven—en sus temblorosos cuerpos—(¡oh las llagas sollozantes bajo el filo de las hachas!—oh las llagas de los vástagos abiertos!)—i la noche—va poniendo—como una ancha—caricia de terciopelo,—con sus manos gigantescas que salen de los crepúsculos,—en el lívido terror de sus cabellos.

las Montañas

Va la luna—dominando los paisajes—como una ave de alas candidas en anuncio de asunciones,—que pasa abriendo el sereno cristal de ilusorios mares,—lentamente—sobre la honda majestad de los paisajes.—Va la luna—por el linde de los piélagos distantes,—i la noche está pintada—cual la piel de los jaguares;—i se mira, como flotas—arboladas de mil mástiles,—vastas selvas anegadas—por los reflejos lunares;—i se ve las selvas náu-

fragas que parecen ir flotando—con silencio de cadáveres,—en el trémor de unas grandes aguas pálidas—que á manera de anchas sedas amortajan á los árboles.

Bajo los altos silencios—de los aires,—en un diálogo sombrío con el viento—dan gemidos las montañas con su lengua inesplicable.— Han pasado mil inviernos, han venido mil veranos,—i las nieves caen, caen,—i su beso es frío i triste,—i se cuaja en dura escarcha bajo el viento de las tardes,—bajo el viento que desgarrá en sus mil garras—el encanto de su traje,—de su gran traje de bosque.— I á manera de viudas seculares—que enmudecen en su pálida indijencia,—las han visto los patriarcas de las épocas distantes,—adherido á sus cinturas—con un cingulo de espinas su amplio traje,—i desnudados sus bustos

por el beso de la nieve,—(casto i malo, casto i grave,)—lastimadas bajo el peso de sus co-razas de piedra,—ó mordidas por la ignivoma dentadura de los cráteres,—siempre abiertos como llagas gigantescas,—como llagas luminosas en aquella enorme carne.

¡Oh cuán frios son los besos de las nieves,—de las nieves que ensangrienta la agonía de las tardes,—i cuán largo es el martirio que tortura aquellas rocas—bajo el vuelo indifere-nte de las águilas salvajes,—en la desnudez eterna de los silenciosos cielos,—en la grande orquesta de órganos de las negras tempestades,—en la enorme decadencia de los siglos transcurridos,—en las noches armonio-sas como cíclicos cantares!—Sus entrañas—dan las aguas de los ríos i los valientes me-tales,—i los pájaros anidan á la sombra de su

bosque,—i las fieras se guarecen bajo aquel enorme traje;—i los astros las contemplan desde lo alto de las noches—como á gigantes cas madres,—i se quejan con torrentes las montañas—al silencio misterioso de los valles. —En las horas de los sueños i las nieblas,— su alma volcánica surge como un respiro gigante,—i sentada en los linderos de la noche —habla al viento que dormita bajo el techo de su bosque formidable;—habla al mundo i oye el mundo sus lamentos,—sus lamentos más eternos que los mares,—sus lamentos que se quejan del castigo de las nieves,— despertando las tristezas desgrednadas de los árboles,—i las ruinas que se elevan como fúnebres orquestas destrozadas—en los valles.

la Mar

En la costa dentellada—rueda la Mar sus espumas que sollozan en la orilla,—su noble fimbria de espumas,—crespa fimbria,—como las mansas melenas de un león encanecido,—bajo el doméstico peine de su domador tendidas.— El sol huye á las distancias—de la soledad marina,—i parece una gran rosa deshojada—sobre la rota opulencia de las nieblas; una brisa—llena de alas emigrantes—i de asperezas salinas,—cruza la pálida tarde—como un

suspiro de víctima.—I las olas van gruñendo con sus férvidos pulmones,—cual las odres armoniosas de una enorme sinfonia,—i es un gran jemido heroico lo que viene de las aguas,—á mover el alma impávida de las rocas de la orilla.—Es la Mar, la hembra jadeante,—que sus hondos nervios crispa.

Cuando sus pulsos acordes como octavas gigantescas,—con el ritmo de los astros armoniza,—i desborda sus sonoras marejadas—como un ímpetu de crines sobre el nudo de las bridas:—cuando al soplo de las trombas—sustonantes cabalgatas precipita,—i al ijar lleva adherida como un látigo silbante la vibrante—brisa;—i se escucha los millones de palabras—con que arguyen los oleajes al silencio de la orilla;—i la noche va emerjiendo del terror de las distancias,—i al horizonte inflama—

do silenciosa se encamina,—como una ancha mariposa de terciopelo, á abrasarse—en la gigantesca lámpara del ocaso que agoniza:—la Mar, sobre los cantiles—de la costa inmensamente se encabrita,—i en su vientre maternal lloran las perlas,—i el confuso advenimiento de las vidas—riega su matriz de flores,—i de fósforos rielantes la ilumina,—i el misterio de los gérmenes en los plácidos silencios—de las aguas, tiene nupcias de amatista.

Y la Mar, sus grandes pechos — de sirena echa á la orilla,—i los muerden los peñascos,—i las ásperas arenas los lastiman;—i es entonces cuando se oye la gran voz de los abismos,—que se queja de la orilla,—i es un martirio de olas—el martirio de la mar estremecida,—que en las rocas de la tierra va á estrellar perpetuamente—las desnudeces be-

nignas—de sus pechos espumosos—que las peñas formidables martirizan.—I los rios caen, caen en su seno tempestuoso—cual sollozos prolongados, i los ecos de la orilla,—son lamentos de un martirio inextinguible,—del martirio de la Mar que se encabrita—en los bárbaros amores de su lecho de corales,—sobre el ara de las rocas de la orilla,—destrozándose los pechos gigantescos—en las hondas convulsiones del insomnio de su gran cuerpo de victima.

el Carbón

En el seno de la fragua toda roja—como una granada abierta,—arde el negro corazón hecho pedazos,—corazón caliente i noble de los montes de la tierra;—i las ascuas se desgranán como rotos aderezos—de una garganta sangrienta,—en el horno trepidante—que de fiebres tempestuosas centellea,—en el horno,—en el horno donde estallan los cabestros de las fuerzas.—I del negro corazón de las montañas—surgen quejas,—que parecen subterráneos mur-

mullos—de cadáveres de selvas,—que vivieron bajo el peso de las cálidas atmósferas—en la noche primitiva de las épocas.—I son voces —que recuerdan;—i en las ascuas encendidas—se despierta—la vitalidad flameante de los soles estinguidos,—que durmiera diez mil años en el alma de las leñas.

En las noches—que el silencio de la luna como una ánima siniestra—cubre, en las noches que el cielo—como un éxtasis suspende sobre el sueño de la tierra,—en las noches luminosas como Iliadas, surge el largo—tormento de las hogueras,—incendiadas de fogosas pederías que se anudan—como suntuosas culebras;—i el dolor de las hogueras estremece —la profunda compasión de las tinieblas,—guarecidas en el fondo de los bosques—por el miedo de la luna que los lagos con su lim-

pia plata riega.—Como una flameante pixide llena de heroicos fervores,—la hoguera,—al respiro de los vientos se reanima—i sus bárbaros martirios acrecienta;—i los vientos—exasperan—la honda sed, que devorando la gran pompa de sus llamas,—la tortura con febril incandescencia,—con feroces mordeduras de ascuas rojas,—de ascuas bravas, de ascuas vivas como luminosas lepras.—I son voces—que recuerdan—esos lúgubres jemidos—de la hoguera:—Son las voces de las selvas sumergidas—en la tumba secular de las arenas,—los gemidos de los vientos prehistóricos—que guardaron como tumbas las cortezas,—la expansión de los incendios que torcieron las raices de los montes,—i doraron los metales del tesoro de las vetas,—conmoviendo con rumores de grandes pasos de hierro,—la solemne arquitectura del portal de las cavernas.—I cuál llora el corazón de las

montañas—su martirio generoso desde el seno de la tierra!—I sus llantos son de brasas (lágrimas de oro flamijero)—i aquel gran corazón mártir despedaza su grandeza,—en el bárbaro suplicio de las fraguas,—aquel gran corazón mártir de los montes de la tierra,—que en su herido seno guarda transformadas en diamantes,—almas de estrellas....

las Vacas

Noche i bosque en la montaña:—bajo el lóbrego despliegue de la sábana de hojas,—cual si fuera un cuerpo inmenso—reposa—el Silencio con sus tristes desvarios sepulcrales,—en el terror metafísico de la noche de las frondas.—Es un paisaje de árboles—que en un vago claro obscuro se recortan,—como un haz de pesadillas—en que alternan una víbora i una horca,—una víbora—i una horca,—una víbora—i una horca,—i un triángulo i una lúgu-

bre almacén de trancos fémures,—i una víbora
i una horca—I el cielo abre su profunda ma-
jestad sobre la tierra—como un gran tonel de
sombra.—Flota el sueño de los bosques—im-
pregnado de la gran estenuación de las aro-
mas,—en el seno de la noche como un feto
agonizante,—en color de niebla el sueño de la
selva misteriosa,—donde tienden los crepúsculos
el ajuar immaculado—de sus sedas melancóli-
cas.—Hai un árbol en la selva,—un árbol de
largas hojas,—vieja lira de los vientos,—denso
pallio de los sueños de la sombra.—I hai una
mancha de sangre al pié del árbol excelso,—
i es una ancha mancha roja,—junto al vivac
de una nómade caravana moabita—que dur-
mió cuarenta noches con su tropa—de gran-
des bueyes arábigos,—al amparo de la sábana
de hojas.—I la sangre es de una vaca dego-
llada—cuya lúgubre osamenta se disputan las
raposas.—Derrepente rompe el sueño de los

bosques—un mujido negro i hondo, negro i lleno de misterio i de zozobra,—como el livido sollozo de una viudez herida—que lancea el largo flanco de la sombra,—en un coro tan solemnemente negro,—que parece que sellena de una inmensa pesadilla la montaña misteriosa.

Son las vacas que han venido á media noche,—olfateando en las distancias de la sombra,—el sutil olor de muerte que levantan de la tierra—mojada por el deguello, las frescuras de la fronda.—Con pesados trotes llegan —las salvajes plañidoras,—en la niebla que envolviendo los zarzales—flota,—absorbiendo los cuajados alientos de sus narices,—que sobre la muda tierra con ronco estertor sollozan.—I destilan grandes lágrimas—llenas de candor salvaje, sus pupilas soñadoras,—i la sangre derramada se humedece—empapada

de jemidos i congojas.—El terror de los silencios—huye á pasos gigantescos por las rocas,—i la noche, destrenzando sus cabellos de tiniebla,—como una enorme palmera sobre aquel dolor se encorva.—¡Oh cuán largo es ese llanto de las hembras desoladas,—sobre el húmedo degüello que en la tierra erial se borra,—junto al noble trono de águilas con que alcanzan á los astros—las rocas!—El siniestro bosque atiende con sus mil lenguas inmóviles—el clamor de las salvajes plañidoras,—tan inmenso, tan salvaje, tan mortal, tan desolado,—que estremece en sus alturas las cornisas de la sombra.—El clamor con que las vacas de la selva —lloran—su duelo, (en la noche náufigra sobre los montes) su duelo,—sobre una ancha mancha roja.

las Nubes

Con los costados abiertos por flamijeras lanzadas,—van cayendo en los desmayos vespertinos—las nubes.—Van cayendo sobre un alto crucifijo—que en el fondo de una hoguera abre los brazos,—i como un árbol invicto,—traza el linde de la inmensa ruta de ópalo—que se abisma en los crepúsculos convulsivamente lividos,—de la inmensa ruta de ópalo que en los días fabulosos,—despertó los grandes éxodos de los nómades antiguos.—Van

cayendo—sobre un alto crucifijo—las nubes.
—Van cayendo, van cayendo en el martirio,
—i los pálidos silencios superiores las escoltan—por el cristalino frío—de los aires, i los bravos escarlatas del ocaso,—aprontan lechos de brasas á sus cuerpos hialinos,—i sobre el ocaso cuelgan las nubes crucificadas,—como harapos de banderas sobre los oros sonoros de los himnos.

Cuando enderezan sus crines las borrascas tenebrosas,—i los cielos se desgajan como selvas, i el silbido—del viento vibra incesante, como una flecha tan larga—que en una noche no acaba de cruzar sobre el abismo;—i galopan cabalgatas invisibles—por los ámbitos confusos de los limbos,—i los relámpagos se abren como pórticos de crimen—sobre lúgubres Palmiras, entre escombros de obeliscos:

—van las nubes á estrellarse en las montañas—como largos buques náufragos, con lamento nunca oído,—i sus cuerpos se desgarran en las rocas—ásperamente elevadas ante el paso de los siglos.—Son las nubes que bebieron el aliento de los mares—en sedientas caravanas, son las nubes del rocío,—son las nubes de la lluvia bienhechora,—que conducen el consuelo celestial de los bautismos—á los nobles cedros (pródigos—de coronas) que coronan la ancianidad de los Libanos,—i á los reales—lirios,—que en efimeros noviazgos se consumen—bebiendo sus blancos éxtasis en el temblor de un suspiro.

¿Porqué vinieron los vientos—á arrastrarlas en sus brazos convulsivos,—para echarlas en la hoguera de los soles,—para herirlas en las rocas de los páramos sombríos,—para hun-

dirlas en la sombra de las noches borrascosas —emerjidas como selvas del misterio del abismo?—Ellas quieren—el azur resplandeciente, que como un solemne río—las mece sobre los cerros, opulentamente blancas,—el azur de los silencios infinitos,—donde bogan coronadas por el sueño de alguna águila dormida—que cobija con sus alas el silencio de los cielos vespertinos.—Por eso lanzan sus quejas —desde lo alto de las rocas esculpidas por los siglos,—enredando sus furiosas cabelleras —en los brazos asesinos—del viento;—en los largos brazos fríos—que las llevan sobre el vértigo arrastrando sus cabellos—líquidos;—sus cabellos que en las púrpuras solares—se empaparon de oro vivo,—sus dolientes cabelleras —i sus cuerpos vaporosos que pasan sobre los picos—cual sueños tentaculares—sobre inmóviles espíritus,—con las mudas cabelleras incendiadas de relámpagos,—con las mudas

cabelleras empapadas de jemidos.

el Viento

Como una—gran yegua negra que aparece por el fondo—visionario del crepúsculo, i el cuello ornado de inmensas—crines, estiende, empapándolo en los largos flujos rojos—del Poniente; como una—yegua negra en cuya grupa sienta su triste abandono,—una inmensa mujer blanca, que es la Luna,—una inmensa mujer blanca de cabellos luminosos:—la Noche viene, turbada de pensamientos solemnes—i de gemidos heroicos,—que van quedando pren-

·didos en las ramas de los sauces como agoni-
zantes pájaros—de oro.

Es el viento eso que jime—en el alma de
la noche con un gigantesco soplo,—es el vien-
to—que monologa á lo largo de los profun-
dos insomnios,—las palabras de una lengua
formidable,—quebrantada de sollozos;—el vien-
to,—que adherido cruza á veces á los flancos
de los potros,—que empujando cruza á veces
los sonantes carros de armas,—que las tor-
mentas arrastran con grandes trotes de bron-
ce por el fondo—de las noches; las tormentas
que parecen un incendio—de montañas bajo
enormes estandartes luminosos.—Trae el vien-
to los jemidos de las tumbas olvidadas—que
eternizan el reposo—de los largos esqueletos,
cuyas ánimas terribles,—duermen debajo las
lenguas cadavéricas, en hondo—cautiverio de

silencio, como larvas tenebrosas.—Trae el viento los jemicos de las hojas del Otoño,—de la gran caída de hojas—que desnuda el fuerte cuerpo de los troncos,—hojas tristes—que humedece la tristeza de los largos trajes viejos.—Trae el viento el misterioso—jemido de las angustias—que desgarran las entrañas de los lobos.—Trae el viento los jemicos—con que dan los moribundos sus almas á los grandiosos—brazos de la Muerte, largos como la esperanza, largos—como—una vijilia astronómica, como el brillo de la estrella—que tienen fija los ciegos en el limbo de sus ojos.—Trae el viento los jemicos—de las victimas que mueren sin socorro,—bajo la aflicción estéril de los compasivos cielos,—bajo las heridas, mustias como ajados heliotropos,—(¡para qué dejaron irse toda su sangre!) rujiendo—con sus tristes vientres rotos.—Trae el viento—los jemicos de los tétricos suicidas, cuyos he-

roicos—cuerpos danzan á la sombra de los álamos, la Danza—de la Cuerda, bajo el viento de sus lóbregos—cabellos que los follages apaciguan con estraños—soplos.—Trae el viento los ahullidos de los perros,—los ahullidos infinitamente hondos,—con que hablan á las visiones que en los pliegues de la niebla—semivelan el misterio de sus rostros,—las visiones de estatura larga y frágil,—cual suspiros caminantes bajo lúgubres paraguas hiperbólicos.—Trae el viento los gemidos de las pálidas ciudades—desoladas por la Peste, con sus templos silenciosos,—i sus calles donde miran largamente á las estrellas,—los muertos desamparados, con sus pupilas cuajadas i sus rostros—que la luna galvaniza desde el cielo,—llorando sobre las lágrimas apagadas de los ojos,—sobre el canto de los gallos, en la noche luminosa—como un templo cuya bóveda ha entreabierto un terremoto.

Así pasa el ancho viento,—así pasa por el fondo—de la noche,—sosteniendo las tinieblas gigantescas en sus hombros;—así pasa,—con su traje de jemidos lamentablemente roto,—desatando inverosímiles cabellos—á la sombra de los árboles sonoros,—el viento:—que es el enorme sollozo—que la tierra perpetúa sobre el arpa de los bosques,—largo i hondo,—largo—i hondo,—sobre el arpa de los bosques entre cuyas largas cuerdas,—va arrastrándose el sollozo,—largo, largo, sobre el arpa; largo, largo, entre las cuerdas; largo, largo—i hondo.....

REPOSORIO

laudatoria á Narciso

Tomaré de tí ejemplo en firmeza i constancia
De corazón, mis manos lavaré en tu fragancia,
Para oficiar el rito que alumbra la amatista
Con su ojo minervino, sobre un altar ipsuista.
Diré cómo moriste de amarte, en el completo
Deleite de la consunción, i diré el secreto
Que tus muslos ocultan al placer fornicario,
Así como las puertas ebúrneas de un santuario;
I la virtud del fuego que animó tu estructura
Carnal, hecha de sangre, de lirio i de amargura;

I el elogio de tu alma, que surgió de la nieve
De tu agonía en una flor de vida asaz breve.

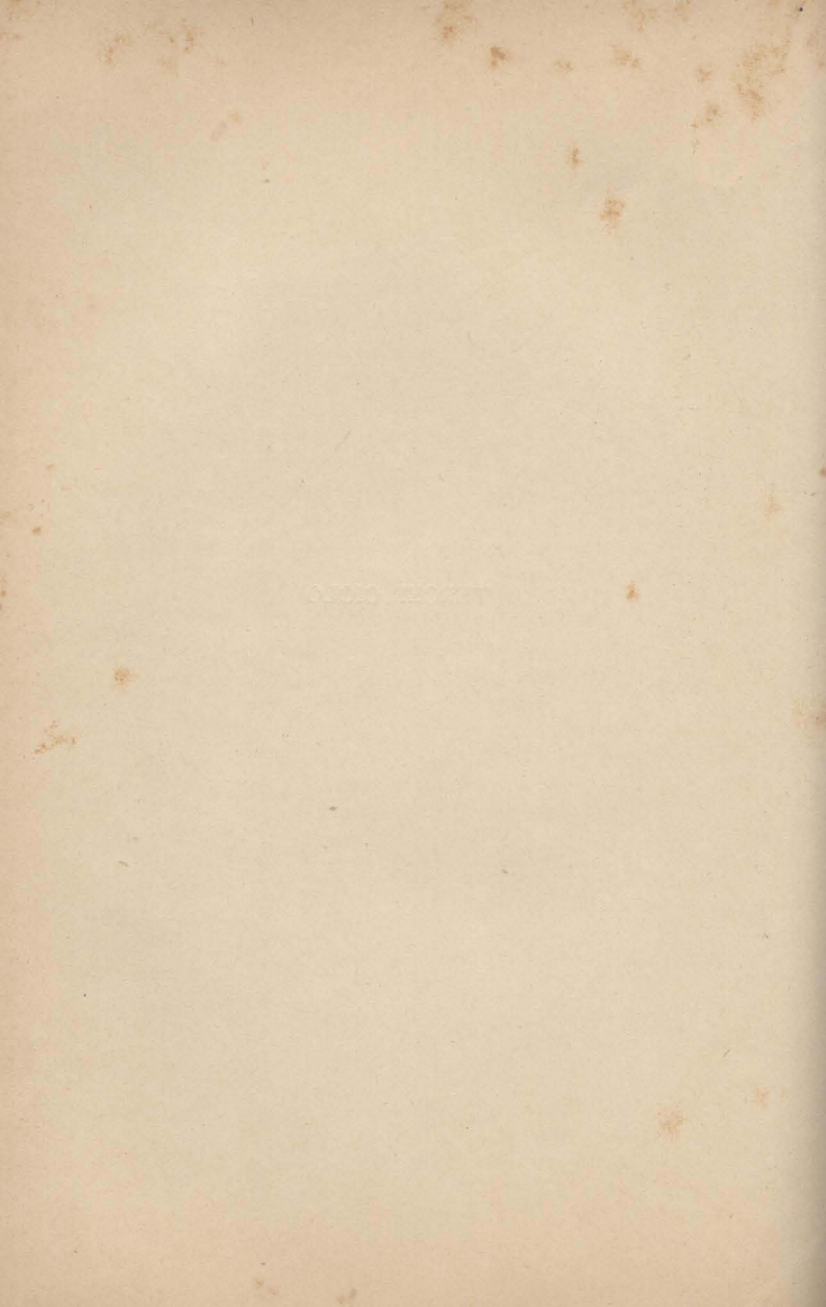
La onda (fuga, frescura,) con un líquido beso
Acarició tu imagen largamente. En el yeso
Plástico sus ambiguos dedos puso un esteta
Para esbozar la estatua que nunca fué completa.
Oh, dame las propicias lumbres del Arte sacro,
I así en mi carne pueda fijar tu simulacro;
I así mis devociones, con un fervor intenso,
En patenas de plata se ofrenden el incienso;
I así mi sangre, viña de esplendores divinos,
Se nutra con la propia substancia de sus vinos;
I así envuelva mi cuerpo, de amor enajenada,
Como una larga cinta de seda mi mirada.

Yo ví que en la siringa de los arpejos sabios

Penosamente inflábanse los soplos de mis labios,
I en el delgado cauce puse la flauta rústica.
Entonces fué el encanto de una agradable acústica:
Pues al pasar el hilo de agua de la fuente
Por los diez agujeros, consecutivamente,
Dió el instrumento en ritmo inédito i preciso
Su melodía en alabanza de Narciso.
I aquella fluida música supo sonar tan bien,
Que parecía oirse los divinos exordios
De alguna loa ó himno de suaves clavicordios.

¡Tus clavicordios, oh poeta Paul Verlaine!

TERCER CICLO



Dijo el Espíritu Santo, tratando de los pregones que se dan para hallar la Sabiduría por sus señas, que dijo el abismo: «No la tengo»; i el mar: «No es en mi; i que la muerte i la perdición dijeron: «Oimos su fama, nuevas tenemos della».

(Don Francisco de Quevedo Villegas.)

el Himno de las Torres

I.

Canto: las altas torres, gloria del siglo i decoro del suelo. Las torres que ven las distancias, las torres que cantan la gloria de las buenas artes del hierro i la piedra. Las torres gigantes, que tienen cien lenguas intactas: cien lenguas, que son las campanas, sapientes de un májico idioma que dice á los

astros las preces del culto estinguido, con frases de bronce i de fé.

II.

Las piedras están empapadas de música sacra; las piedras cuya alma es unisona, cuya alma es un eco. Las piedras cuya alma despiertan los órganos con su fluido lenguaje de flautas, cuando su noble mecánica inventa los salmos, que bajo los dedos, eruditos dedos de un pálido músico, parecen una galeria de arcos—iris, ante cuyo triunfo, en colores de fama, pasan reyes de reales melenas i obispos de tiaras suntuarias, en caballos blancos, cuyas herraduras tienen un armonioso compás. Bajo los dedos de un pálido músico: bien Pedro Luis de Preneste, dicho el Palestrina,

(grande es su Misa del Papa Marcelo) bien.
Sebastián Bach.

III.

Las torres emerjen con sus cuádruples ojos que tienen un iris de sombra, detrás de los vidrios quemados de matices ricos, que el fuego en los hornos fijó. I junto al versículo gótico de la gran campana, un versículo gótico donde está fijada, por los siglos de los siglos, la gloria de un artesano fundidor de Nola, á cuyos moldes de tierra echaron las condesas sus sortijas de oro, en hervor de cobre,—junto al versículo gótico, digo, mirando por el cuádruple ojo de las torres, mi alma recibe del sol un adiós más largo que todas, sobre una ciudad vieja: Nuremberg, Harlem, Reikjawik.

Belgrado, Armagh, Thorn, Oxford, Toledo, Coimbra, Nicea, Bizancio, Esmirna, Alejandria, ¡Paris! con las frondosas testas de sus Clodoveos eternizadas en medallas. Roma, la capital de las torres!

IV.

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira á san Benezeto haciendo cantar la trulla en los altos andamios, sobre los granitos bordados de gárgolas; i á san Juniperto pensando un mosaico bajo los claustros bizantinos; i á santa Hildegarda diciendo floridas secuencias para agradar á Dios; i á san Juan de Segovia labrando el oro de las basílicas, para componer, como una oración de pedrerías, una custodia; i á Jehan

Fouquet iluminando de oro una miniatura an-jélica; i á los errantes clérigos goliardos can-tando en las ferias i bajo los portales de la abadía, sus estribillos en latin injenuo:

*(Nudam fovet Floram lectus,
Caro candet tenera,
Virginale lucet pectus -
Parum surgunt ubera;)*

i á los diez i ocho Concilios Ecuménicos, i que el primero es una aurora, mientras que el último es, á penas, una noche estrellada. I que en el primero el que rije es un monje con los ojos quemados i las manos cortadas; i el que rije el último es un Papa que ha huido una vez, i que tiene las manos aristocráticas.

V.

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira en un antiguo Mapamundi las aguas y las tierras; i en las brumas australes la ignorada Anticthonia; i la cinta de fuego del Ecuador apretando el ombligo de la tierra; i el mar, más estraño que una selva virjen; i Jerusalem en el centro del mundo; i al norte las tierras de Gog i de Magog; i el Paraiso de donde manan cuatro rios, arrastrando palos olorosos de canela, de ruibarbo, de aloe y de jenjibre; i las murallas de jaspe que encierran el jardin; i la espada, que parece una llama en el aire, porque no se ve al ángel que la tiene; i al rededor del mundo los doce vientes: Eurus, Scolanns, Nochus, Anster, Africus, Euroanster, Zephirus, Stannus, Ireius, Bóreas, Aquilo i Vulturnus.

VI.

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira cómo viene la noche, i la media luna semejante á la herradura de plata de un Pegaso en los territorios negros, ó bien como una artística peineta de plata sobre una inmensa cabellera esparcida. I á la luz de la media luna desarróllanse los Imperios: Francia, Asiria, Persia, Egipto, Judea, Macedonia, Roma, Méjico, Perú, Rusia, Arabia—otra vez Francia. Grandes tropeles de horda; banderas en el horizonte; lanzas agujereando la noche; clamores retumbando en el espíritu del viento; pájaros de presa entre desgarramientos de nubes; cadáveres bajo los árboles; osamentas sobre las piedras; un sueño, i águilas, águilas, águilas, i banderas, i lanzas, i bosque, i noche, i montes, i un

largo galope enmelenado de antorchas llevándose todo eso: el gran poema del hierro i del caballo, i las hostiles barbaries marchando bajo el huracán de Dios, bajo los truenos de Dios, bajo el talón que ha hollado hundimientos de mundos—el talón de Dios—bajo la derecha de Dios, abierta como una palma de resplandores.

VII.

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira las torres más viejas levantarse entre poblaciones de esfinjes, de pterodáctilos, de tortugas, de leones: sueños del hombre cuaternario, sueños bajo las palmeras, tan grandes que cada una parece una noche; sueños de gigantes llenos de vello; de gigantes cuyos dientes han quebrado las cos-

tillas sangrientas del buei salvaje; de gigantes cavadores de montañas; de gigantes que poseen el dogo i el pavo real; de gigantes que cuando están ciegos de vejez, van á oír rujir el mar, para aprender sonidos i hacer idiomas. I las torres son sobre cadáveres de ciudades: Makhimos, Damasco, Eusebes, Palenke, Tebas, Ellora, Tiahuanaco, Tombuctú, Kamakura—Babel con su torre de blasfemia en el pavor de las estrellas; cadáveres que hablan con alfabetos jeroglíficos, para contar de los viejos sacerdocios la historia, i las tablas de una celeste aritmética, i los dogmas teologales, i las virtudes de las hierbas, i las peregrinaciones de los hombres cuyos ojos vieron nacer el oro en las redomas filosofales, i subir las almas, por la escala de las encarnaciones, de astro en astro: Jacob, Hermes, Orfeo, Numa, Manco-Cápac, Crishna, Rama, Moisés, Zoroastro.

VIII.

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira que ya viene el alba, i que una muchacha fresca rie, i que en su risa se desparrama un puñado de sortijas de plata. I mira despedirse las naves que van para los Continentes, para las tierras rojas, para las tierras negras donde el Sol se acuesta entre palmeras; donde hai serpientes que parecen joyas venenosas, i flores más bien pintadas que los tigres; i bisontes, i elefantes, i jirafas, i pájaros del Paraíso, i luciérnagas, i resinas, i esencias, i bálsamos, i corales, i perlas, (éstas en conchas de balvas rosadas, como hostias intactas entre labios que comulgan), i dulces nueces, i polvo de oro; i tambores, i calabazas, i tinajas, que hacen la música de los dioses; i princesas desnudas que

aman los besos de los amantes blancos. I va Cristóbal Colón, con una cruz i una espada bien leal; i Marco Polo, con un tratado cosmográfico de Cosmas en la mano; i Vasco de Gama con un astrolabio en el mástil; i Hernando de Magallanes con una hacha al cinto; i la *May-Flower* con la carta del rei Juan; i Dumont d'Urville con un planisferio i una áncora; i Tasman con una brújula; i Stanley con el lápiz del *New-York-Herald* i su casco de corcho; i Livingstone con su biblia i su esposa—David Livingstone, el padre del Nilo.

IX.

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira cómo la tierra enseña hostilmente su doble tocado de nieves, i el

oscuro Polo, más hermético que el Paraiso, con sus *ice-bergs*, i sus *packs*, i el *blink*, deslumbrante como un nimbo de altos reinos; i el tabernáculo donde está la Aurora-boreal en el secreto de sus mudos deslumbramientos; i la caverna donde la Piedra-Imán pierde el alma; i el palacio livido de la Fata Morgana, soñadora en las nubes; i el mar oscuro que mece los sueños de la morsa negra; i la siniestra Orca que oye á los marineros i roe las piedras con sus cuarenta i ocho dientes; i el Kraken que tiene tres corazones i abraza las naves con sus brazos palpadores del abismo; i la ballena que llora al parir, como las mujeres; i el oso blanco que duerme seis meses sin respirar i que tiene la vergüenza en su lengua negra. I hacia allá van los hombres de la zona rubia: Franklin, Cook, Markham, Eliseo Kent Kane, Fridtjof Nansen, i una mujer: lady Franklin, que busca por el Ho-

rror unos huesos amados, i vuelve con el alma encanecida de tantas nevadas como han caído sobre sus tristezas. ¡Grandes infortunios, noches gigantescas i soles más débiles que la vida de una violeta!

X.

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira que nace otro día, todo en sangre, otro día, i que los hombres niegan á Dios i se hacen pequeños i malos. I hai no obstante otros hombres, sabios, que hacen libros como quien siembra una selva, para tener maderos con qué arbolar naves futuras: Darwin i Claudio Bernard, Crookes i el profesor Roentgen, Pasteur, Edison, Ernesto Hello i Nietzsche, Karl Marx i Fabre

d'Olivet, Eliphas Lévi, Champollion, Augusto Comte, Maury, Vogt y Ralph Waldo Emerson. I mira mi alma cómo la vieja ciencia de las Pirámides resucita; i el sueño parlante que ve á la distancia con obscura mirada; i los tres elementos que son las tres llaves de la ciencia de las Generaciones. I mira cómo se llena de amor el metal, tocándole el alma por medio del rayo; i cómo se ordena la armonia de los átomos; i cómo en la carne de los seres se modela la futura estatua que ha ser el coronamiento de los Reinos: la triple estatua de talones de piedra, cintura de árbol i cabeza elocuente; i cómo en el sereno mar de sangre de las matrices está de la maternidad la flor callada, en el sueño de su corola de nueve pétalos; i cómo los carros sonantes corren por la paralela de hierro, en pos del corcel de hierro, cuya alma es un trueno de hierro, i cuyos bronquios de hierro tosen el huracán, y cuyo cora-

zón de hierro va tempestado de brasas: ¡gran caballo, negro, negro, negro, gran caballo comedor de fuego, gran caballo en temblor de enormes músculos lanzado, con una nube en las narices, á los jadeantes trotes del millar de leguas: gran caballo negro, gran caballo, gran caballo negro al cual no se ve sudar!

XI.

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira que la tarde viene con un paso lijero, armoniosamente, á caer en la mar, como una poetisa ciega que sobrelleva su palidez tocando el arpa. I sobre una torre de oro aparecen, con los cabellos coronados de laureles i espinas, algunos hombres: Hugo, Verlaine, Laplace, Herschel, Wronski, Wagner,

Goethe, Klopstock, Poe, Whitman i Adam Mickiewicz. I la Torre tiene nueve pisos: i en el segundo están los que son coronados de diamante, i en el tercero los que son coronados de plata, i en el cuarto los que son coronados de hierro, i en el quinto los que son coronados de rojo cobre, i en el sexto los que son coronados de estaño, i en el séptimo los que son coronados de ébano, i en el octavo los que son coronados de marfil, i en el noveno los que son coronados de verbena. I los nueve pisos de la Torre son los lechos de nueve estrellas (nueve doncellas de plata) i desde la cima de la Torre se escucha ya el himno de los Serafines, i es como si en dos se abriera el Sol.

XII.

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira cómo viene la noche de cien años—i que ya ha llegado—i cómo desde su fondo en que las estrellas brillan solas, como el triple millar de lanzas de un campamento abandonado, levántanse las sombras heroicas. Grandes estaturas, grandes espadas, grandes cuerpos con almas como espadas dentro—i coronas: Kosciusko, Danton, Louverture, Bolivar, Marti, Garibaldi, Kanaris, Riego, San Martin, Lincoln, Nana—Sahib, Juárez i los Quince mil Rojos de Paris. I mira mi alma cómo empieza á podrirse el mundo á la manera de una manzana que germina; i cómo en los antros se mueve un enorme despertar de leones; i cómo los clamores han sonado tan fuerte, que Dios se ha inclinado á escu-

cucharlos desde lo Inefable, con una lágrima oceánica en su párpado donde duerme la lumbré de cien astros; i cómo la noche semeja una pira de grandes leñas pronta á empenacharse de llamas, por la obra de unas fuertes manos que salen del abismo, aptas para desanudar toda brida; i cómo en cada llaga parece que está encendida una antorcha, i cómo la Venganza, con su cabeza de niño cadavérico, baja á largos pasos la Montaña de Sombra, conduciendo una trahilla de perros negros, de perros verdugos, cuya sarna se pegará á todo lirio.

XIII.

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira la Aurora venir en paz,

i sobre la Aurora levantarse la Torre de Oro.
I que la tierra está pacífica como una viña
sobre los últimos días de un abuelo viejo; i
que cada madre es como un jardín de almendros;
i que el Sol viene, ardiente i bello, como un
héroe joven que estrena sus armas; i que las
piedras, i los árboles, i las bestias del mun-
do, levantan al cielo sus almas confusas, en
el himno de todas las lenguas, de todos los
números, en el himno que surge de la Torre
de Oro, coronada Lira, Arbol musical, Cráter
de armonías, Casa de las doradas virtudes—
Torre de Gloria!

XIV.

I hé aquí que todas las torres han caído, i
que mi alma, suspensa en los aires como una

Mámpara apagada, mira descender á Dios sobre la Torre de Oro, única, i sobre los hombres, i que los hombres miran á Dios de frente. Entonces, oh armonia de los santos cielos! parece como si sobre una herida vieja se derramara un unguento de perlas finas; como si cada pecho estuviera lleno de música; como si cada pié calzara el terciopelo más rico; como si cada mano estuviera puesta sobre la cabeza de la Amada; como si cada lengua fuera un cantero de violetas.

XV.

I una voz se levanta diciendo: hé aquí la Virgen que ha roto su prisión de seis mil años, para ofrendar á la Vida el jardín codiciado de su seno; hé aquí sus cabellos, hé aquí

su carne que el horror de la esterilidad marchita, i que en la gloria de la germinación florecen, como divinos adornos del trance luminoso. I tú, hostia de mi comunión inacabada, viña de mi sed perpétua, mártir de mis desdichas extraordinarias—Astra—tú eres la Virgen que llega, con las puntas de tus senos doradas por el oro fúnebre de mis sepulcrales recuerdos; con la mirada de tus negros ojos, como una caricia prolongada en dos noches consecutivas; con la gracia turbadora de tus líneas bajo el sudario; con tus manos, sabias en la cosecha de los frutos nocturnos; con el tesoro de tus besos, tesaurizado en las angustiosas esperas—á gozar plenamente la hiperdulia de mi corazón desconocido. Porque ya es la Pascua sobre tu noche de seis mil años.

XVI.

I sobre la Torre de Oro aparecen las virtudes seráficas: el AMOR, vestido con todas las piedras preciosas del mundo. La ESPERANZA, cubierta con todas las flores de los climas. I más alta, más alta, sobre todas las oraciones, sobre todas las liras, vestida con el fulgor de todos los soles, saludada por el fervor de todas las alabanzas, como un corazón de oro fundiéndose en llamas, más alta, más alta, la Rosa resplandeciente: la FE,—en un formidable despedazamiento de astros.

EXPLICIT FELICITER

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Imp. Jorge A. Kern, Santa Fé 2292

BUENOS AIRES

